



CUENTOS DE CALLEJA

EL PERRO Y EL GORRIÓN

Castillo

CONOCI un perro que tenía un amo tan malo, que no le daba de comer. En cambio le obligaba a que todo el día fuera detrás de los carros guardando las mercancías para que los rateros no las quitaran, y por la noche le hacía rondar sin descanso toda la casa, con lo que más de una vez se evitó desagradables sorpresas que los señores ladrones le habían preparado.

Todos estos importantes servicios pasaban inadvertidos para el amo, que, como tenía un corazón muy duro, no podía sentir el agradecimiento, así que, cuando el pobre perro no pudo aguantar más, se marchó muy triste de su casa.

Anduvo largo rato buscando un nuevo y más agradable albergue, pero en todas partes le echaban, porque le veían extenuado y sucio.

Viendo que en aquel pueblo todos se parecían en sentimientos a su amo, tomó el camino de la ciudad, donde él había visto perros muy limpios y lucidos, sin duda porque los amos de allí tenían mejor corazón.

En una de las calles de la ciudad encontró a un gorrión muy listo, como todos los gorrones, que dijo:

—Perrito, ¿por qué estás triste?

Y el perro le contestó:

—Porque tengo hambre y no tengo qué comer, amigo gorrión.

Entonces dijo el gorrión:

—Querido hermano, ven a la ciudad y te hartaré de comida.

Fueron juntos a la ciudad, y al llegar delante de una carnicería, dijo el gorrión al perro:

—Párate aquí y te echaré un pedazo de carne.

Miró en torno suyo para ver si alguien los observaba, y, picando un pedazo de carne que estaba en el mostrador, hizo que cayera al suelo. El perro cogió la carne, se fué a una esquina, y se la comió.

El gorrión le dijo:

—Ven a otra tienda y te bajaré otro pedazo para que te hartes.

En cuanto el perro se hubo comido también el segundo pedazo, preguntó el gorrión:

—Hermano perro, ¿estás satisfecho?

—¡Caramba sí lo estoy!—contestó el perro—, pero, chico, yo no sé comer nada sin pan, y me vendría muy bien tropezar con unos cuantos coscurros que acompañaran a la carne,

porque sino, sola en el estómago se va aburrir.

—También tendrás pan—le dijo el gorrión—; ven conmigo.

Lo llevó a una tahona, picó unos cuantos panes hasta que rodaron al suelo; y, como el perro tenía hambre atrasada, lo llevó a otra tahona y le bajó otros dos panes.

—Hermano perro, ¿estás harto ya?

—Si—contestó—; y para hacer la digestión conviene que salgamos un ratito por ahí a estirar las piernas.

Salieron entonces ambos a la carretera. El tiempo era muy hermoso, y, después de haber andado un rato, dijo el perro:

—Estoy cansado y quisiera dormir.

—Sí, duerme—contestó el gorrión—; entre tanto me sentaré en una rama y velaré tu sueño.

El perro se echó en el camino y se durmió profundamente. Mientras estuvo dormido, llegó un carretero que llevaba un carro con tres caballos, cargado con dos cubas de vino.

El gorrión vió que el carretero seguía por el camino donde estaba el perro; entonces gritó al carretero:

—¡Carretero, no pases por ahí, o te hago pobre!

El carretero, sin hacer caso, alzó el látigo e hizo pasar el carro por encima del perro, que fue destrozado por las ruedas.

Entonces exclamó el gorrión:

—¡Has matado a mi hermano perro! Lo que acabas de hacer te costará el carro y los caballos.

—¡El carro y los caballos!—dijo el carretero— ¿Qué daño me podrás hacer tú?

Y siguió su camino cantando alegremente, sin preocuparse para nada ni de lo que había hecho con el perro ni de lo que el gorrión le había dicho.

Entonces, por debajo de la manta, el gorrión picó en el tapón de una de las cubas hasta que lo sacó, y se salió todo el vino sin que el carretero lo notara.

Al volver la cabeza, vió que el carro goteaba; examinó las cubas y encontró que una estaba vacía.

—¡Pobre de mí!—exclamó.

—Aun no eres bastante pobre—dijo el gorrión.

Y voló a la cabeza de uno de los caballos y le sacó los ojos.

Al ver esto el carretero, sacó un hacha y la levantó contra el gorrión; pero éste voló y el carretero dió a su caballo en la cabeza un fuerte golpe; el caballo cayó muerto al suelo.

—¡Pobre de mí!—exclamó.





—Aun no eres bastante pobre — dijo el gorrión.

Y cuando el carretero siguió con el segundo caballo, el gorrión se introdujo de nuevo debajo de la manta y picó el tapón de la segunda cuba, de manera que se salió todo el vino.

El carretero, cuando lo notó, exclamó otra vez:

—¡Ay, pobre de mí!

—Aun no eres bastante pobre.

Y, posándose sobre la cabeza del segundo caballo, le sacó los ojos.

El carretero acudió corriendo, y levantó su hacha contra el gorrión; pero éste voló y el golpe hirió al caballo, que quedó muerto.

—¡Ay, pobre de mí!

—Aun no eres bastante pobre — dijo el gorrión.

Y, parándose en la cabeza del tercer caballo, le picó en los ojos.

Rabioso el carretero, levantó de nuevo el hacha contra el gorrión, y, sin mirar a donde, dió un golpe, que, en vez de tocar al gorrión, mató al tercer caballo.

—¡Ay, pobre de mí!—exclamó.

Aun no eres bastante pobre—contestó el gorrión—; ahora te haré pobre en tu casa.

Y se fué volando.

El carretero tuvo que dejar el carro y se fué a su casa rabiando y prometiendo matar al gorrión con una trampa.

—¡Ay! —dijo a su mujer— ¡Cuanta desgracia! El vino se ha salido todo, y los tres caballos han muerto.

—¡Ay, marido! —contestó ella— ¡Si vieras que mal pájaro ha venido a nuestra casa! Ha reunido miles de pájaros que han atacado arriba nuestro trigo y se lo han comido todo.

El carretero subió al granero y vió miles y miles de pájaros que se habían comido el trigo, y en medio de ellos estaba sentado el gorrión.

Entonces exclamó el carretero:

—¡Ay, pobre de mí!



—Aun no eres bastante pobre —contestó el gorrión—; carretero, todavía te costará la vida.

Ya había perdido el carretero toda su fortuna; bajó y se sentó detrás de la estufa, rabiando y desesperado.

Y el gorrión, sentado en la ventana, desde fuera gritó:

—¡Carretero, te costará la vida!

Entonces el carretero, agarrando el hacha, la tiró al gorrión; pero sólo logró romper los cristales

y no alcanzó al pájaro.

Este entró por la ventana rota, y, sentándose sobre la estufa, gritó:

—¡Carretero te costará la vida!

El carretero, fuera de sí y ciego de rabia, rompió la estufa y todos los muebles de la casa, espejos, bancos, mesa, y, finalmente, rompió las paredes de su casa, errando siempre el golpe.

Por fin atrapó al pájaro con la mano.

Entonces dijo su mujer:

—¿Lo mato?

—¡No! —gritó— Eso sería poco castigo; sufrirá una muerte mucho más cruel; me lo tragaré.

Y, agarrándolo, se lo tragó de una vez.

Pero el gorrión empezó a voltear en el cuerpo del hombre, y se le subió otra vez a la boca, y sacando la cabeza, exclamó:

—¡Carretero, te costará la vida.

Y durante muchos días tuvo que aguantar los tormentos que le proporcionaba el pájaro cuando le picaba en el estómago, y la cantinela constante de «carretero, te costará la vida», con que le obsequiaba.

Aburrido de tanto sufrir y desesperado por no poder destruir aquel animalejo que constantemente le recordaba una mala acción y le amenazaba con el castigo, cogió un hacha, y, entregándosela a su mujer, le dijo:

—Mujer, mata al pájaro que tengo en la boca.

La mujer dió un golpe; pero, en vez de dar al pájaro, dió sobre la cabeza del carretero, que cayó muerto.

Y el gorrión, echando a volar, se escapó.

Moraleja. — No hay enemigo pequeño, ni se debe ofender a los humildes.

